

especial

GRUNDmagazine

marzo 2013

www.grundmagazine.org



Hasta siempre, Comandante.

Diez voces sobre la impronta generacional de Hugo Chávez.

Para mi generación, que empieza a hacer política tras la caída del muro de Berlín, el proceso bolivariano que encarna Chávez significó el final feliz de la inocencia. Empecé a militar pocos meses antes de que los zapatistas se alzaran en Chiapas. Marcos trazó el camino de los movimientos globales en el que participé tras muchas frustraciones en la vida interna de las organizaciones de la izquierda clásica que no supieron ver que el mundo de la III Internacional había acabado. En Praga, en Génova, en las protestas contra la guerra en Madrid, milité en la cultura de las asambleas en los centros sociales, del enfrentamiento con la policía, de las sudaderas con capucha y de la identidad sin concesiones. Fue una época maravillosa que, sin embargo, según pasaban los años, empezaba a saber a poco. Chávez era la verdad de la revolución por la vía electoral y de sus contradicciones; gobernar, entender la geopolítica, la corrupción, la derrota de la lucha armada en América Latina, el éxito de los golpes de Estado y el Neoliberalismo así como las dificultades del romanticismo cuando se enfrenta a la realidad de la pobreza y el subdesarrollo. Con Chávez me hice mayor, lo suficiente para tener claro que no quiero regalarle mi país a la derecha y para tomar conciencia de que a mi generación le toca jubilar a la izquierda de la Transición y disputar la democracia y el poder.

Pablo Iglesias Turrión,
profesor de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid,
presentador de *La Tuerka* y *Fort Apache*.

La lección que intimida aquí, en Europa.

Hablar sobre Chávez para amortiguar el ruido de El Mundo, El País, el ABC, la Sexta, la SER, de etcétera. Para apagar, también, nuestro propio ruido. No hay paredes de cristal y lo que acaso se llame la izquierda de este país, proyectos revolucionarios, asamblearios, quienes buscan el mundo posible y necesario viven, vivimos, dentro de esa ideología dominante que empieza asomando en triviales objeciones de imagen: «ya, pero cantaba, ya pero si en vez de citar a Chomsky y a Bolívar hubiese citado a Rancière...». En muchos lugares de Latinoamérica estas objeciones se ven como lo que son, un reflejo de quien habla y no de aquello sobre lo que se está hablando. Un reflejo que dice: ¿de verdad queremos, aquí, en Europa, la posibilidad real, y no imaginaria, de construir unas relaciones sociales que no se basen en la explotación?

Cuentan que una vez un ministro cubano solicitó de un periodista español consejos para que en la prensa española Cuba fuese tratada de un modo siquiera un poco más ecuánime. Y el periodista contestó: podríais privatizar la gestión del agua y vendérsela regalada a una empresa española, privatizar la sanidad y repetir la operación, comprar para los niños y niñas cubanas libros de texto fabricados en España con un sesgo eurocentrista, pagar para que algún consorcio internacional os construya infraestructuras que luego pasarán a pertenecerle. Lo que podían hacer en Cuba y en Venezuela para obtener un tratamiento menos desequilibrado por parte de la prensa es lo que está haciendo la burguesía española en nuestro país desde hace años, aquello contra lo que solemos salir a la calle. Chávez invirtió el proceso: no nacionalizó las pérdidas, se enfrentó al poder de burguesías nacionales y extranjeras y sigue dando impulso a la unidad y dignidad de un continente.

En la edición impresa de 20 Minutos del jueves 7 de marzo se habla de lo que llaman herencia controvertida de Chávez. Entre las llamadas sombras se dice textualmente: «Dividió a los venezolanos entre sus fervientes seguidores y sus acérrimos detractores. Sufrió un golpe de Estado». Casi once años después del revelador [editorial de El País](#) en donde se legitimaba el golpe, hoy, en un periódico que no forma parte de la derecha recalcitrante, y en lo que no deja de ser un pequeño texto menor, se asume, como al pasar, que la culpa de sufrir un golpe de Estado es de quien lo padece y no de quien lo da. Es apenas un ejemplo entre cien mil, especialmente significativo porque no creo que obedezca, como sí era el caso del editorial citado, a una voluntad deliberada de adulterar los hechos. No hay paredes de cristal, y la lluvia constante, minuciosa, de lo que es falso, nos cala los huesos.

¿Guerra de datos? ¿Cuántos datos hacen falta: cincuenta, ciento veintitrés, cuántos indicadores que muestren cómo en un país la gestión de las plusvalías ha hecho que éstas regresen a quienes las necesitaban en forma de educación, salud, tierras, ayudas, el reconocimiento del trabajo no pagado de las mujeres, agua, vivienda? La pelea no son sólo los datos, cualquiera puede confirmarlos si los quiere buscar. Pero cualquiera puede también empeñarse en no verlos y volver a pensar que no se puede, que necesitamos ser explotados porque, si no, nos sabríamos vivir. Pero lo cierto, la lección de la Venezuela de Chávez que intimida, es que sí sabríamos, porque somos libres, y un movimiento de liberación consiste en remover los obstáculos que nos impiden ejercer la libertad que es nuestra.

Libertad a la que tanto tememos en Europa, tanto que aquí apenas se han escrito artículos sobre Chávez donde al final o al principio, no se haya aludido, pagando el peaje, a «sus errores». Y digo pagando el peaje porque en ningún otro caso para hablar de lo que hace bien una persona es necesario siempre y además y en todo instante recordar que también hace cosas mal. Cuánto miedo aún, cuánto miedo nuestro. Chávez ha muerto, los tambores lo gritan y esperan respuesta.

Belén Gopegui, escritora.

Si nos dejamos llevar por la marea de calificativos que durante años han proferido partidos y medios españoles contra Hugo Chávez, la imagen del presidente de Venezuela habría sido la de un cacique que gobierna favoreciendo sus intereses personales y de clase a golpe de decretazo. Qué curioso, creo que eso es exactamente lo que hace ahora mismo el Partido Popular, el mismo partido —y sus voceros— que tacha de dictador a quien ha ganado trece comicios entre elecciones legislativas, presidenciales y referendos constituyentes. Fue Henry Kissinger quien dijo aquello de: «No podemos permitir que un país se convierta en comunista por la estupidez de su pueblo», tras promover el golpe de estado del 73 contra el gobierno de Salvador Allende. Las formas de Chávez chocan en Europa, chocan las palabras de quien no tuvo miedo a defender un plan de Estado que redujo

la pobreza —desde un 85% hasta alrededor de un 20% durante sus años como presidente— y que más allá de datos y gráficos lograron algo mucho más importante, darle a Latinoamérica la oportunidad de ser soberana de sus recursos y de su destino, sin caer en intervenciones de países y transnacionales extranjeras. Algo que por cierto no sólo hizo Chávez, ya que hay que tener en cuenta también casos como los de Ecuador —que conozco personalmente— o Bolivia.

La forma en la que se trata a Chávez desde la postura neocon, no hace sino faltar al respeto a la soberanía de todo un pueblo que aún llora sobre el cadáver de su presidente aún caliente. Ese desprecio por Chávez es el ejemplo del chovinismo con el que se sigue tratando, desde algunos frentes, a Latinoamérica como el continente que aún no ha llegado a la mayoría de edad. Para esta generación Chávez es el ejemplo de que se puede llevar a cabo un modelo de Estado diferente y no sólo se puede, sino que si se quiere evitar el suicidio colectivo de un país, hay que hacerlo.

Incluso dentro de mi cotidianidad estaba Chávez presente, desde el trabajador de los Astilleros gaditanos que a diario vestía una gorra con la bandera venezolana, hasta la banda roja que recuerdo con cariño en el despacho de mi profesora de Historia de América Latina y que rezaba: «Soy chavista, y qué». Pues eso, y qué. Hay que perder el miedo a reconocer y a reconocerse. A reconocer que la muerte no nos ha dejado a un Chávez mártir, ni mucho menos mesías, sino un ejemplo de coraje y entereza que demuestra que se pueden hacer las cosas de otra forma.

Salvador J. Tamayo, escritor y codirector de *GRUNDmagazine*.

Que qué creo que ha supuesto Chávez para nuestra generación. Ya sólo el hecho de que nos planteemos esta pregunta, el hecho de pensar que una figura revolucionaria en el siglo XXI pueda dejar una impronta en la generación que parecía estar creciendo en «el mejor de los mundos», en el mundo capitalista, hace que la pregunta casi se responda sola. No me gustan los personalismos (y ya esta opinión abriría un gran debate en la izquierda), pero tampoco creo que tenga que justificar nada para responder a esta pregunta. Para mí Chávez representa una de las cabezas visibles de un movimiento que concretó el retorno de la política, que al grito mudo y ahogado del zapatismo y a los Holloways y Negrís, respondió con un «sí se puede», que no vamos a estar toda la vida resistiendo, que es nuestro momento. Representa también la concreción de aquellos versos de Benedetti, «mientras pasa la estrella fugaz...», ya que todo lo que representa Chávez es ese mordisco en el hígado de la derecha («se muerdan juiciosamente el hígado...»), y ya era hora de ver como los voceros del «mejor de los mundos» se agitaban con el sabor ácido de su propia bilis. Por último, y creo que esto es muy importante, la figura de Chávez y su vida política ha supuesto la ruptura definitiva de los significantes capitalistas sobre la «democracia»: es el dictador que más elecciones (avaladas todas por organismos internacionales) y referendos (cosa que en Europa es considerada como un signo de «populismo») ha ganado en el siglo XX y XXI. Más elecciones, en cualquier caso, que nuestro monarca o que Monti. Ya nadie se traga el cuento de las democracias europeas, y en Venezuela (pero también en Ecuador, Bolivia, Uruguay), tenemos referentes.

José Gallego Leal, codirector de *GRUNDmagazine*.

Uno tiene ya unos cuantos años de militancia a sus espaldas. Empecé a participar políticamente en 1994. Reconozco que estuve más influenciado, en mis albores políticos, por la experiencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el primer alzamiento contra la gobernanza neoliberal global y que alumbraba la esperanza de que el fin de la historia todavía no había llegado, que por la figura de Chávez que todavía tan siquiera había alcanzado el gobierno de Venezuela. El Subcomandante Marcos, como figura iconográfica se adaptaba mejor a los parámetros de la izquierda emergente europea (guerrillero en la selva, pasamontañas y un discurso homologable a los parámetros del movimiento alterglobalizador) que el de un comandante del ejército venezolano, con un supuesto pasado «golpista», y que articulaba un discurso trufado de elementos «populistas» tan denostados en nuestra tradición política. De hecho, mis entrañas (lugar en donde se juntan el corazón y la cabeza según los indígenas tzotziles del alto de Chiapas) siguen siendo un poco zapatistas.

El fallido golpe de estado del 2002, encabezado públicamente por el jefe de la patronal venezolana, Pedro Carmona, me hizo interesarme por el proceso bolivariano, si la patronal lo quiere deponer y los ranchitos de Caracas salen a defender a «su» presidente, seguramente, también será mi presidente. El caso me recordó al de Thomas Sankara, pero esta vez, la historia fue distinta, y Chávez fue repuesto en el cargo por su pueblo. Para mí, la gran aportación de Chávez, fue volver a poner en el centro del debate político la necesidad de la toma del poder para cambiar el mundo, en un momento en donde una parte del movimiento social europeo teorizaba lo contrario, cambiar el mundo sin tomar el poder, el éxodo hacia lo micro. Así mismo, es fundamental destacar el empeño político de Chávez de no encerrarse en el plano nacional y comprender la importancia de articular un modelo regional contra-hegemónico a la gobernanza neoliberal imperante en América Latina, y el de contraponer el concepto de democracia y estado de derecho al del capitalismo.

Cada programa que veo en televisión, donde los diferentes tertulianos echan espuma al hablar de la muerte de Chávez, criticándole por sus virtudes y no por sus defectos, intentando deslegitimar sus victorias electorales y sus inapelables logros sociales, me reafirmo en que se ha marchado uno de los nuestros.

Miguel Urban, Izquierda Anticapitalista.

En el momento en que me enteré de la muerte de Chávez, estaba tomando una cerveza con unos compañeros, con algunos de los cuales he compartido espacios militantes desde hace casi una década. Nos quedamos helados. Hugo Chávez fue para nosotros mucho más que una figura mítica.

En pleno desierto neoliberal, cuando los ecos del fin de la historia resonaban por doquier, el presidente de un país otrora lejano hablaba de socialismo, de revolución, se antagonizaba públicamente con todo aquello que combatíamos: el rey, la guerra, Aznar, Bush, el capital... Todos los debates sobre política, en los más variados ambientes, se polarizaban en torno a su figura. Las opiniones de los de abajo en el estado español distaban de ser mayoritariamente pro-chavistas. La tremenda debacle de la izquierda después de la caída de muro, la falta de un paradigma ideológico alternativo centraban todo el debate en el terreno de las «formas» de Chávez. Chávez era un excéntrico, payaso, un dictador, un populista: en torno a esos calificativos se conformaba el sentido común dominante de la mal llamada opinión pública, revelando un vacío tremendo en el terreno de la solidaridad internacionalista y también, porque no decirlo, un fuerte eurocentrismo burocrático, casi racista. La mayoría social trabajadora juzgaba la política dentro de los parámetros que imponía el régimen del 1%. En el discurso hegemónico, Chávez no era digno del título de demócrata aunque hubiese ganado elección tras elección y cualquier intento de superar el capitalismo estaba condenado al fracaso de antemano: ¡la famosa «falsa conciencia» de la que habló Lukács! ¿O nihilismo terapéutico, quizás?

Chávez nos obligo a pensar, a aprender a defender nuestros principios en ambientes hostiles, en aplicar aquella olvidada lección leninista: «convencer pacientemente». Contra el sentido común, oponíamos datos que demolían el monolito neoliberal. La pobreza disminuía, la educación y sanidad mejoraban, las contundentes estadísticas nos daban la razón, eran válidas y útiles para defender a la revolución. Las estadísticas son eficaces, pero frías y no bastan para la *Verstehen* (comprensión), que diría Max Weber, de un fenómeno social, relacional, conflictivo, tan emocional como una revolución. Chávez y Venezuela tenían algo precioso y que lo volvía todo intensamente rupturista: era un proceso abierto, vivo, con un nivel democrático interno admirable. La revolución bolivariana no estaba impuesta desde arriba, había interacciones entre pueblo, clase, corrientes políticas, pluralidad, debates, giros... Podías defender a Chávez frente al grupo «Prisa» pero ser crítico con alguna medida adoptada por él, con su papel excesivamente



central en el proceso, con su política exterior, debatir sobre el rumbo estructural del proceso.. Y aún así, ser chavista. Se había acabado el fideísmo doctrinario, la mítica frase de Marx resonaba de nuevo: «las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: ¡Aquí está la rosa, baila aquí!» Escribo en tiempo pretérito porque Chávez, como sujeto político, ha desaparecido para siempre. Se abre una nueva etapa en torno a su figura, un proceso de conceptualización y asimilación de su enorme carisma. Seguramente las encrucijadas de la revolución venezolana (¿avanzar hacia el socialismo o hacia un neodesarrollismo capitalista?) se reflejen en una batalla en torno a la apropiación de su figura por parte de las diferentes pulsiones que existen en un proceso tan plural como el bolivariano. De lo que no hay dudas es que su personalidad política contribuyó a legitimar las aspiraciones de millones de pobres en Venezuela. Chávez fue un producto y a la vez un actor político del despertar de la conciencia «para sí» del pueblo latinoamericano. Por eso, Hugo Chávez siempre será uno de los nuestros.

Brais Fernández, Izquierda Anticapitalista.

Chávez, el buen artesano.

Ser amigo leal y enemigo verdadero es otra causa de estima del príncipe, es decir; cuando sin velo alguno se manifiesta a favor de uno o contrario a otro.
Maquiavelo.

Nos cuentan que la democracia y la libertad de expresión están amenazadas en Venezuela y que el comandante Hugo Chávez, es acusado como el causante de la polarización y enfrentamiento en el seno de la sociedad civil. El razonamiento bien puede darse al contrario: sólo cuando los pobres entienden que su pobreza no es accidental, sino con motivo de un continuo expolio de su riqueza, es posible hablar de conflicto; lo que venía ocurriendo antes de iniciarse el proceso bolivariano, eliminaba la noción de conflicto porque anulaba y enviaba al ostracismo a la mayor parte de la población. Se reducían a todos esos incontados e invisibles a un mero problema de orden público. La democracia, el poder repartido, brillaba por su ausencia. La libertad por lo tanto, no se ve amenazada en Venezuela, en cualquier caso, lo que se ha puesto en duda es la perpetuación de los privilegios de una pequeña parte asentados sobre la pobreza de muchos. Hay polarización porque los que ayer no hablaban, hoy lo hacen, porque los que no tienen cuestionan a los que sí tienen a su costa. La libertad no está en juego, lo que impugnan los de abajo es un dudoso modelo de libertad, porque como indicaba Marx, la libertad ha existido siempre, pero unas veces como privilegio de algunos, otras veces como derecho de todos.

Hugo Chávez ha sido el príncipe que ha abierto la oportunidad política de la multitud, ha sabido recoger de manera viva la ruptura popular que latía en los corazones y aspiraciones de los más desfavorecidos. Un príncipe que no ha maltratado al pueblo y que cuenta con su amistad y cariño, porque por primera vez, se nombran a sí mismos como lo que son y no con la vergüenza de admitir el nombre que otros les quieren poner. El comandante Chávez por su origen, sus formas, su cara, sus decisiones, ha representado el carisma plebeyo que tanto les molesta y les irrita a los oligarcas, su persona ha sido pieza clave en la recuperación de la política y la democracia en Venezuela. El proceso democrático es un arte y su artesano, el pueblo, debe ahora demostrar que sabe manejar la técnica, que la domina con maestría y está dispuesto a enfrentarse con las posibilidades y complicaciones que implica ser conscientes de estar fabricando una bella obra de arte.

Jorge Moruno, sociólogo.
Autor del blog: *La revuelta de las neuronas*.

Chávez fue la revolución en color, la primera vez, para muchos de nosotros, en la que vimos que la historia —ese caudal silencioso bajo tierra— era algo más que memoria, derrota y retroceso, en la que la historia se hizo presente. Nos trajo a nuestro tiempo lo mejor del Siglo XX, la convicción y la certeza de que incluso un niño sin zapatos —o precisamente él— podía, si se lo proponía, alterar esos planes definidos y tiránicos que los que se empeñan en arruinar este mundo tienen pensado para todos. Gracias a él pasé buenos momentos imaginando puñetazos de frustración en las mesas de Langley; viendo a gente sin voz —los que siempre son narrados pero nunca protagonistas— coger la pluma de la rebelión para intentar escribir sus vidas de la forma que ellos querían; comprobando como los profesionales de la mentira sudaban en sus periódicos nuevas canalladas para ensuciar su imagen: Chávez bien valía largas discusiones y gestos de hartazgo con el entorno más inmediato, arrancaba las caretas y ponía luz a la manipulación. Recuerdo estar en Sol —mucho antes de que fuera símbolo de nada— y recibir los insultos y las miradas de reprobación y odio de gente normal, (cuando el estupefaciente del crédito les hizo olvidar a muchos que no hacía tanto que se ataban el pantalón con una cuerda) y todo por decir que el que se tenía que callar no era el Presidente de Venezuela, sino justo el otro, el que fue elegido a dedo por el fascismo. Pero también recuerdo el salón de actos del Lope de Vega lleno a reventar, con un Chávez en el escenario hablando de lo que fuera, tomando un café y levantando a la gente de sus asientos —todo a la vez—: pocas veces he visto aplaudir de aquella forma. Siempre digo que los buenos siempre perdemos, por eso el día que ganemos será grandioso. Gracias a Chávez también puedo decir que los buenos, a veces, también ganamos.

Daniel Bernabé, escritor.

Creer en un proyecto tan amplio como el bolivariano podría considerarse cuestión de fe, tanta como la que tuvieron generaciones anteriores en Chile y su destino allá por los '70. Muchas contradicciones, pasos atrás, reflexiones, citas a Gramsci y autocrítica tenían cabida en un país tan graciosamente dictatorial como Venezuela. Aprendimos de este país caribeño, como miembro del *Evil Empire*, todo lo que no queríamos ser desde nuestra visión etnocentrista y ombliguista europea. Un gobierno de cuya oposición se encarga la prensa pro-FMI no debe ser un buen ejemplo para nadie, los niveles de servicios públicos subían proporcionalmente a la cantidad de comparaciones aparecidas en medios entre Hugo Chávez y Adolf Hitler o peor, Silvio Berlusconi. Mi vecino, el eternamente hipotecado y enemigo acérrimo de los coches oficiales, corrobora esta información, por lo que la «verdad mediática» se convierte en axioma. Respecto a mi campo de trabajo, el de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), Venezuela quiso experimentar aquella quimera de «soberanía tecnológica» tras el Golpe de Estado del 2002 migrando gran parte de los sistemas de Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PDVSA)



a software libre (SL) después de su nacionalización. ¿Qué se aseguraba con esto? Evitar posibles vulnerabilidades a través de las cuales se podía recabar información sensible de gran interés estratégico o lo que es lo mismo, intentaba no ser espiado. Con esto, creó una industria local tecnológica muy estable, algo inédito en el país latinoamericano donde se refugian Kim Jong Il y el *teletubbie* morado ávidos de venganza contra el mundo. La comunidad SL venezolana es una de las más grandes y concienciadas del mundo, destacando precisamente lo que representa, comunidad, centrada especialmente en combatir la brecha digital que poco a poco se va cerrando. El ejemplo tecnológico es sólo un grano de arena en la aportación a esa nueva sociedad de la que hablaban teorías marxistas en la URSS. Cierta día de 1991 me pillaría jugando mientras este frío bloque de hoz y martillo se derrumbaba, no sé si a la pelota o a la peonza, pero seguramente feliz. Ahora, en 2013, millones de niños y niñas en Venezuela hacen lo propio desayunando todos los días antes de ir al colegio bajo unas condiciones objetivas que poco a poco mueren en la vieja Europa. Hace años, sólo era una minoría. No me lo invento, lo dice la ONU, yo sólo me limito a limpiar de azufre este trozo del mundo en el que me ha tocado vivir recordando a Hugo Chávez y respirando Revolución Bolivariana.

Dani Conil, *La Chinoise.net*.

Bastó un golpe de manual, una mentira mediática fabricada entorno la matanza de Puente Llaguno y las dos terceras partes del trío de las Azores aplaudiendo para luego hacer el avestruz cuando fue depuesto el gobierno usurpador —compuesto por patronal, iglesia y aristócratas, lo dicho: de manual— por un pueblo consciente que salió a las calles en masa a exigir la reposición del mandatario depuesto. En tres días de abril los más científicos con eso de buscarnos referentes internacionales de la izquierda salimos de dudas. Y si bien las tímidas leyes habilitantes de 2001 ya indicaban la senda social por la que se encaminaba el movimiento bolivariano, no fue hasta esa imagen de empresarios jugando al *lockout* y al sabotaje productivo cuando vimos claramente de qué lado de la barricada estaba Hugo Chávez y todo el movimiento social organizado detrás que le daba sentido. Y es que Hugo Chávez era la gran incógnita para la izquierda. Hacia 1998 nos decíamos: ok, Resumen Latinoamericano habla de coña de él y los comunistas, antiguos sectores del MAS y guerrilleros lo apoyan... pero necesitamos señales inequívocas. Estamos hablando de un momento en que los zapatistas eran máxima referencia de la izquierda, el movimiento antiglobalización apenas se comenzaba a intuir, y Cuba salía a trancas y barrancas de un periodo económico especial que la había empobrecido sin límites. Creo que lo posterior es historia ya conocida y, sobre todo, un futuro prometedor dado que el complejísimo movimiento organizado que da músculo «chavismo» es el pegamento que garantiza la continuación del proceso y esta vez, al contrario de otras experiencias más contradictorias como el peronismo, claramente escorado a la izquierda socialista.

Toni Esteban, *La Chinoise.net*.

G.

